

Los partidos políticos en el siglo XIX

*Vicente Fuentes Díaz**

Ya en alguna ocasión he señalado la paradoja: el siglo XIX, ayuno de verdaderos partidos, es un lapso que registra una abundantísima literatura sobre los partidos políticos. Fue, en mi opinión, el conocimiento que una minoría ilustrada tenía de otros países lo que propició ese ejercicio teórico. La ausencia de partidos resultaba obviamente explicable: México emergió a la vida independiente después de tres centurias de sumisión colectiva. Callar y obedecer era el destino de los mexicanos, según la conocida y hasta ya casi re-lamida frase del Marqués de Croix. Pero si, como dice Giovanni Sartori, toda revolución no es sino una acción desbloqueadora, la de Independencia liberó la energía comprimida de una sociedad sofocada por el autoritarismo. En ese despliegue de impulsos desatados, y por más que la comunidad librada tentaleara en la semioscuridad, las nuevas formas de vida que le brindaba su emancipación empezaron a plantearle lo que ha sido hasta nuestros días un

* Presidente del Comité de Asuntos Editoriales de la Cámara de Diputados.

Vicente Fuentes Díaz

desiderátum irrenunciable. ¿Cómo deberían intervenir los ciudadanos en la vida pública? ¿Cómo organizarse para alcanzar ese objetivo, que si bien tenía el atractivo de lo novedoso, conllevaba también el riesgo del desbocamiento?

Morelos, para integrar lo que sería el primer Congreso de Anáhuac, había dado las reglas primigenias de la elección de diputados, y Apatzingán había expedido las suyas, inspiradas unas y otras, en parte, en la legislación gaditana. No eran sino prenuncio simbólico de una aspiración apenas soñada, jamás fueron normas de una operatividad difícil de alcanzar.

Lo que ahora se entendería como organización cívica se concretó en una institución que arrancaba nebulosamente de las postrimerías de la Colonia: la masonería. Fue primero la escocesa, aglutinante de tendencias conservadoras. Vendría después la yorkina, cuya instalación se atribuiría, en textos cuajados de reproche, al primer emisario de la naciente potencia del norte, Joel R. Poinsett. Comunidad formada en los modelos rígidos del mando y el acatamiento, aquellos de sus ciudadanos que deseaban lanzarse a la acción se afiliaron a las logias de uno y otro rito, sustrayéndolas un tanto de la oscuridad en que las confinaba su carácter de sociedades secretas. No podía, no pudo ser de otra manera. Los mexicanos, carentes de organización ciudadana vieron en la masonería el instrumento que más tuvieron a su alcance para intervenir, facciosamente por cierto, en los vericuetos de la vida pública. Yorkinos y escoceses cubren apasionadamente, en las disputas del poder político, los primeros años de la república federal, recién formada. Al amparo de ese deseo de participación, las sociedades crecieron por el número de sus afiliados, y aunque en muchos de ellos había vehemencia de la buena, afán de participación con el fin de integrar las primeras formas de la representación nacional, es innegable que también asumieran la ambición ilegítima, el oportunismo y la impaciencia de ese conglomerado indocto y ajeno a las prácticas cívicas.

Acciones turbulentas de una y otra secta, resueltas finalmente en episodios como la rebelión de la Acordada y el acceso al poder del general Vicente Guerrero, tanto como la tendencia a su proliferación, pronto provocaron el repudio social. La innovación, no sólo por serlo y exhibir sus brotes de desbordamiento y violencia, concitó la repulsa de aquella sociedad todavía somnolienta. Tambaleante ya en el poder, Guerrero tuvo que acceder a la

disolución de las logias y, de refilón, entregarle sus credenciales de regreso al ministro Poinsett, tildado de haber incorporado las logias yorkinas a las pugnas políticas, con propósitos hegemónicos de su país.

No era posible, sin embargo, liquidar aquella forma de agrupamiento político cuando no había otras que pudieran reemplazarla con ventaja. De suerte que en la siguiente etapa histórica, cuando la querrela nacional fue protagonizada por centralistas y federalistas, las logias, aun maltrechas, fueron la columna vertebral, más o menos bien simulada, de las nuevas tendencias, cuando los centralistas tomaron el nombre de conservadores y los federalistas el de liberales.

No eran en realidad partidos, sino movimientos políticos; es decir, no tenían estructura orgánica, ni normas de vida internas, ni dirección permanente y única, sino que eran simples tendencias de opinión, amorfas y hasta cierto punto fluctuantes, agrupándose circunstancialmente ora en torno al gobierno, o de alguna fracción oficial; ora en torno a un general o a la sombra de la Iglesia: ora en torno a cierto órgano de prensa. Es ilustrativo el hecho de que en la fase aguda de la lucha entre liberales y conservadores los primeros se reunieran, noche a noche, en la redacción de *El Siglo XIX* para resumir lo actuado, debatir sobre los acontecimientos y planear las próximas acciones. Zarco era el alma de estas reuniones singulares.

La etapa del centralismo, que se abre con la Constitución de 1836, la de las Siete Leyes, y se cierra de hecho con la última dictadura de Santa Anna, etapa de lúgubre resonancia, enervada por la guerra extranjera, constituyó un retroceso en cuanto a la actividad política de los grupos. Si la concentración del poder político bajo el centralismo ya era algo profundamente pernicioso, los instrumentos de que disponía eran sencillamente la más absoluta negación de la democracia. Valga decir más: del juicio común.

El Supremo Poder Conservador, erigido en órgano regulador de la vida pública, era algo monstruoso. Ese poder todo podía cambiarlo, desde el germen de la vida institucional, que eran los ayuntamientos, hasta la cima cupular, que era la presidencia de la República; desde la ley más sencilla hasta la propia Constitución. No era un poder, como decía don Emilio Rabasa; era un absurdo. Y más lo fue todavía la segunda Constitución centralista, la de las Bases Orgánicas, calificada por el mismo autor como el más abierto

Vicente Fuentes Díaz

despotismo constitucional. Así, de desgracia en desgracia, de frustración en frustración, marchó el país. Todo el movimiento consistía en la alternancia de la dictadura con la anarquía. En vano, como un fulgor que resplandece repentinamente en la oscuridad, brilló el talento de Otero en la asamblea de Congreso Constituyente de 1846. Era demasiado incipiente para remover aquel amontonamiento colosal de oprobio y privilegios. La política se concebía en los conventos y se plasmaba en los cuarteles. Como dijo don Justo Sierra en palabras dolientes. El aventurero que se lanzaba a las revoluciones se convertía en capitán de asonada en asonada; el capitán se transformaba en general de rebelión en rebelión. Todos, aspirantes siempre a la presidencia, traían en la punta de su espada el plan salvador para hacer, por fin, la felicidad del pueblo, de ese pueblo que, oprimido y pisoteado en un lodazal sangriento, trabajaba como bestia para ganar el sustento, o se batía como héroe en cada revolución para ir a conquistar el olvido.

En materia electoral, concretamente, era tal el embrollo existente, tal el mecanismo antidemocrático, que el ciudadano nunca podía aspirar a elegir por vía expedita a sus gobernantes. El sistema de elección indirecta, formado en varios grados por electores primarios y secundarios, y por legisladores locales y, en su caso, por los de carácter nacional, diluía de tal manera la voluntad popular, que esta voluntad nunca contó para que la masa electora señalara a sus representantes genuinos. Aquello completaba el cuadro desolador de una marginación permanente de los ciudadanos en las contiendas políticas.

Los mexicanos nunca renunciaron, sin embargo, al afán de hallar la ruta de su participación en la vida pública. Por ello asombra que en un país sin partidos políticos, don Andrés Quintana Roo planteara, desde 1836, la necesidad de partidos de oposición. Por ello asombra que don Francisco Zarco, al acercarse la elección presidencial de 1857, escribiera lo siguiente en el *El Siglo XIX*: “Nos parece indispensable —decía— que el partido de los progresitas exija de sus candidatos programas claros y explícitos. Sin programas no puede haber candidaturas que inspiren confianza. Para que cese la inmoralidad política, para que haya hombres de principios fijos, es menester que el pueblo exija programas terminantes a los candidatos”. Por ello asombra que en ese mismo 1857, el Círculo Electoral Progresista, dirigido por el

Los partidos políticos en el siglo XIX

propio Zarco, León Guzmán e Isidoro Olvera, retirara la candidatura presidencial de don Miguel Lerdo de Tejada, porque éste se había negado a aceptar públicamente el programa de los liberales.

Aún después de la Reforma y del triunfo de la República en 1867 el país seguía, lógicamente, sin verdaderos partidos. ¿Cómo iban a surgir éstos en un país atrasado, de abrumadora mayoría analfabeta, con una economía semifeudal, incomunicado, sin prensa popular, agobiado por el caciquismo y otras formas de opresión? En la literatura política de la época encontraremos innumerables referencias a los "partidos".

No eran tales. Eran movimientos; eran clubs; eran formaciones efímeras surgidas al calor de una elección, pero nutridas, eso sí, de un espíritu participativo que a veces se antojaba indomable. La etapa juarista, sin embargo, tuvo cuando menos la virtud de heredar, debidamente definidas, las grandes corrientes del pensamiento liberal y aun conservador, por deteriorado que éste hubiera salido de la guerra.

Estas tendencias, no partidos en el sentido moderno, fueron borradas de la escena por la política de conciliación de don Porfirio Díaz, al llegar éste al poder en hombros de la facción tuxtepecana. Un historiador de la vida mexicana de esa época, don Anselmo de la Portilla, tuvo el acierto de explicar a este respecto la situación imperante: "Tres partidos se disputan el poder en México; los liberales radicales, llamados también puros, los liberales moderados y los conservadores". Era correcta la apreciación; formulada antes del triunfo porfirista. Quizá habría que agregar, referida a una etapa posterior, o sea la de la irrupción tuxtepecana, que el acceso al poder de don Sebastián Lerdo de Tejada había agregado, dentro de la corriente liberal, la facción lerdista.

A partir de su primera reelección, en 1884, el general Díaz puso en práctica su política de conciliación, consistente en liquidar a los grupos políticos existentes todavía en ese año para empezar a forjar su gobierno personal y omnipotente. "En política —llegó a decir el dictador— no tengo odio ni amores", frase mentirosa con la que encubrió sus preferencias. Conviene decir que Díaz no había encontrado, aún delimitadas como lo he dicho, tendencias políticas vigorosas. Los grupos existentes eran la expresión débil, balbuceante, de los intereses facciosos, pues carecían de una organización bien vertebrada. Y es que bajo el gobierno de Lerdo, en virtud de las debilida-

Vicente Fuentes Díaz

des y ambiciones del mandatario, el espíritu público había sufrido una fuerte contracción. Esto llegó a advertirlo, incluso, un renombrado personaje extranjero, el prócer cubano José Martí, quien en una de sus colaboraciones periodísticas, cuando radicó en México por primera vez, llamó al partido lerdistista el "partido de los burócratas", según la cuidadosa recopilación que de sus obras hizo el doctor Camilo Carrancá y Trujillo.

Díaz, valiéndose de la intimidación y del soborno, arma común de los dictadores, atrajo a los jefes de las corrientes políticas, los inscribió en la nómina del presupuesto e hizo con ellos su sedicente política de conciliación, con lo que pudo acabar de extinguir a las incipientes formaciones políticas. Su lema, "poca política y mucha administración", fue la llave maestra, la fórmula engañosa con que logró su objetivo. Avanzó esa política venciendo todas las resistencias, halagando todas las vanidades, estimulando todos los oportunismos. En 1888, año de su segunda reelección, el país presenció en silencio un nuevo golpe a las viejas aspiraciones democráticas. Se llena el alma de tristeza y angustia al leer, en *El Siglo XIX*, la crónica cortesana de la manifestación pública de artesanos y obreros que llegaron hasta el Palacio Nacional para "pedirle" al dictador que aceptara una nueva reelección.

Las voces de protesta que entonces se alzaron, primero la de los jóvenes Díaz Mirón, Duret, Vives y García Granados, fueron pronto silenciadas, como lo fue después la del entonces batallador periodista Joaquín Clausell, cuando en 1892 decía en *El Monitor Republicano*: "Ya no hay partidos en México. ¿Por qué? ¿No tiene acaso necesidades el pueblo mexicano? ¿Ha llegado ya a la perfección social y política? La respuesta del general Díaz, en ese mismo año, fue la formación de la Unión Liberal, o sea el grupo de "los científicos", facción de negociantes y abogados que, dedicados a usufructuar las prebendas, los negocios y los contratos oficiales, se alzó como el grupo privilegiado del régimen para dominar la vida pública.

La última década del siglo XIX fue de atonía e intimidación, dos elementos que cayeron como lápida en el campo de lo que debió haber sido la actividad política. Sin embargo, dos cerebros del régimen, don Justo Sierra y don Emilio Rabasa, percibieron con claridad el cenagoso estancamiento de la vida cívica y lo denunciaron tiempo después. Sierra, en su *Evolución política del pueblo mexicano*, puso el dedo en la llaga al afirmar que la evolución

política había sido sacrificada a otras fases de la evolución, y atribuyó, honestamente, al recelo del gobierno, la liquidación de cuantos pasos se habían dado para formar un partido político. “El día que un partido llegara a mantenerse organizado —dijo don Justo— la evolución política reemprendería su marcha”.

Otro pensador de la época, “científico” por añadidura, don Emilio Rabasa, también señaló con índice de fuego en su obra *La evolución histórica de México*, el profundo desaliento que se había apoderado de la nación a la sombra del gobierno personal y cómo era pernicioso sentir la depresión del espíritu público en medio de la prosperidad material. La vida política —decía el ilustre chiapaneco— había detenido definitivamente su marcha, perdiendo el terreno que había ganado en el pasado. Rabasa fue certero en esas y otras apreciaciones. Apartándose de quienes atribuían la falta de partidos, exclusivamente, a la apatía o incapacidad política del pueblo, Rabasa sostuvo que era el peso del poder dictatorial el que aplastaba cualquier intento de resurgimiento cívico. Incluso en sus cuatro conocidas novelas, *La bola*, *La gran ciencia*, *Moneda falsa*, y *El cuarto poder*, el talentoso escritor describió, a veces de modo patético, el caciquismo que agobiaba la vida de México, el conformismo y simulación de los medios informativos y el simulacro de política que llenaba los espacios allí donde el auténtico ejercicio cívico debió existir.

Los mexicanos, empero, no se dieron por vencidos, e incluso quisieron aprovechar las contradicciones del régimen y sus hombres para hacer sentir su opinión e inconformidad. ¿Qué otra cosa fue el reyismo, que vino gestándose desde principios de este siglo? Sabedores de que el general Bernardo Reyes odiaba a muerte a “los científicos”, muchos, muchísimos de los inconformes, le hicieron su símbolo y su hombre para expresar su aversión a la camarilla de privilegiados que detentaba el poder económico, los altos empleos, los grandes contratos y los más jugosos negocios. Reyes les falló entonces a sus partidarios (1903) como lo hizo, más dolorosamente, en 1909, cuando habiendo aglutinado a la oposición antiporfirista, aceptó el camino del desierto simulando antes que la lucha era abierta para alcanzar el poder.

Otros intelectuales de la época, Francisco Bulnes, Manuel Calero, Ramón Prida, Diódoro Batalla y Querido Moheno, advirtieron el abismo a que Díaz conducía el país y quisieron evitarlo. El opúsculo de Moheno, *¿Hacia*

Vicente Fuentes Díaz

dónde vamos?, fue el grito angustioso de quien percibía la bancarrota del régimen.

En vano resultó, por lo tanto, que algunos ingenuos se entusiasmaran con la entrevista Díaz-Creelman, o que pretendieran tomarle la palabra al dictador para organizar un partido independiente que pusiera en marcha la vida cívica. Apenas el general Díaz advirtió que el Partido Democrático, formado por Urueta, Senties, Calero y otros, se proponía entrar en serio al juego de la democracia, para que lo disolviera como una pompa de jabón. Lo dicho a Creelman era una soberana mentira —una paparrucha para niños— con la que pretendió mostrar un credo democrático que no alimentaba ni en sueños.

Pero la verdadera oposición tenía que surgir. Provino de los grupos liberales forjados en 1901 por don Camilo Arriaga en San Luis Potosí y de los heroicos hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, quienes hicieron de *Regeneración*, periódico inocuo al principio, una formidable trinchera de combate, de organización y de agitación política. Fue por cierto muy lamentable que los Flores Magón y sus abnegados compañeros de lucha derivaran tan violentamente hacia el anarquismo y perdieran por ello, estratégicamente, el sentido vivo de la realidad mexicana, convirtiéndose en críticos feroces de Madero. Si el Partido Liberal Mexicano, que al fundarse en 1906 tenía un programa de lucha ajustado a las necesidades del pueblo, se hubiese incrustado en el oleaje de masas que despertó el maderismo, hubiese sido un formidable aliado de Madero y habría ayudado a superar las vacilaciones y contradicciones del apóstol, imprimiéndole a la Revolución un sentido más consecuente. El movimiento contra el antiguo régimen hubiera sido más a fondo; es posible que Madero no hubiera muerto y las cosas habrían tomado otro derrotero. Sólo tres magonistas regresaron a México y se unieron al maderismo: Antonio I. Villarreal, Juan Sarabia y Librado Rivera. Los otros permanecieron en Estados Unidos, y aunque desde allá continuaron su extraordinaria labor de agitación, no contribuyeron a derrocar todo el aparato porfirista, el que finalmente atraparía al propio Madero y lo liquidaría.

Don Camilo Arriaga y sus correligionarios, en cambio, se mantuvieron en la dirección acertada con sus clubs liberales y fueron un gran apoyo para el maderismo.

El Partido Nacional Antirreleccionista, instrumento de Madero contra el régimen, fue concebido por su organizador y desarrollado por él, en un imponderable esfuerzo personal, desde los años de 1906 y 1907. Fue la suya, en ese sentido, una tarea admirable.

Se ha criticado a Madero porque no arremetió a fondo contra el antiguo régimen. Creo que debemos entenderlo mejor. Para él la lucha contra el viejo régimen se agotaba en sus finalidades políticas. Por ello creyó que expulsado Díaz del poder todo estaba hecho. Trágico error. Pero tampoco seamos injustos. Madero, como quiera que sea, convocó y puso al pueblo en pie de lucha contra ese gigante que fue, o se creyó que era, Porfirio Díaz, y lo derribó, cosa que no pudo hacer ningún otro de sus opositores. Eso bastaría para consagrarlo. Que no tuvo mayor visión para continuar la lucha y hacer las reformas que otros harían después es cierto y resulta lamentable. Pero la hazaña de mover a las masas contra quien se creía invulnerable, allí queda, como un paradigma de la historia.

La Revolución de 1910 así como las elecciones de 1911 hicieron surgir varios partidos, todos de vida circunstancial. No era para menos. No existía el hábito de la organización política. Y cuando pretendió aparecer caía sobre el intento, implacable, el puño de hierro de Porfirio Díaz. Derrocado Díaz, aniquilado Huerta, formulada la Constitución de 1917, se esbozaron algunos partidos. Fueron partidos caudillistas, porque tuvieron el sello, el estímulo y el destino que le imprimieron algunos caudillos militares triunfantes. Pero en realidad la nación continuó sin partidos estables, partidos de principio, permanentes, capaces de sentar una tradición.

Azarosa ha sido la vida nacional en la aún breve etapa que ha visto nacer a los partidos políticos. Arduo ha sido el esfuerzo de los mexicanos para crearlos. El régimen de partidos, el pluralismo partidista, está en su fase de consolidación, y un tropiezo, cualquier contingencia que pudiera frenar o deformar su ascenso, sería fatal. Por ello el deber de los hombres y los grupos más responsables es el de acelerar, pero, sobre todo, vigorizar esta etapa prometedora de los partidos políticos, haciéndola irreversible y cada día más democrática.